

# BIBLIOGRAFIA

## RECENSIONES \*

### 1) Sagrada Escritura

P. Benoit, *Exégesis y Teología*, vol. I: *Cuestiones de Introducción general* (Madrid, Edic. Studium, 1974) XIII-296 pp.

Saludamos con satisfacción esta versión española de diversos escritos del P. Benoit, publicados en revistas y Misceláneas, que nos dan a conocer su pensamiento en torno a los más importantes temas de la exégesis bíblica actual. La compilación había sido ya hecha por *Editions du Cerf* en edición francesa (París 1961 ss.). La edición española, conforme se anuncia en la nota preliminar, constará de cinco volúmenes, de unas 250 páginas aproximadamente cada uno. Además, en relación con la edición francesa, se cambiará un poco el orden de títulos, a fin de que «el lector no tenga que buscar en diferentes volúmenes lo referente a una misma materia, y dar a cada uno de los tomos un tamaño aproximadamente igual» (p. IX).

El volumen I, que es el que ahora presentamos, recoge los escritos que se refieren a cuestiones de *Introducción general*. Damos los títulos de dichos escritos: revelación e inspiración, según la Biblia, en santo Tomás y en las discusiones modernas (pp. 1-62); las analogías de la inspiración (pp. 63-78); la inspiración bíblica, según Mons. Florit (pp. 79-81); la verdad en la Sagrada Escritura (pp. 83-98); la doctrina de Newmann sobre la S. Escritura (pp. 99-104); el *sensus plenior* de la Escritura (pp. 105-108); la plenitud de sentido de los Libros Sagrados (pp. 109-54); ¿está inspirada la versión de los Setenta? (pp. 155-66); la inspiración de los Setenta, según los Padres (pp. 167-92); exégesis y teología bíblica (pp. 193-210); reflexiones sobre la *Formgeschichte Methode* (pp. 211-51); los evangelios y la historia de Jesús, según X. Léon-Dufour (pp. 253-60); el pensamiento de R. Bultmann (pp. 261-92); el pensamiento de Bultmann criticado por el P. Malevez (pp. 293-96).

Como puede apreciar el lector, son temas todos de máximo interés. La agudeza, profundidad y equilibrio con que los aborda el P. Benoit, hacen de este libro un excelente *vademecum* para quienes traten de adentrarse en los estudios de Sagrada Escritura.

L. Turrado

(\*) La revista *Salmanticensis* sólo se compromete a reseñar las obras solicitadas previamente por la Dirección de la misma.

J. Beumer, *La inspiración de la Sagrada Escritura: Historia de los Dogmas*, bajo la dirección de M. Schmaus, A. Grillmeier, L. Scheffczyk, tomo I, cuaderno 3b (Madrid, BAC, 1973) 78 pp.

El fascículo sobre la inspiración de la Escritura, que presentamos, forma parte de la obra en cuatro volúmenes que lleva por título *Historia de los Dogmas*, y que está siendo traducida al español por la Biblioteca de Autores Cristianos de la Editorial Católica en Madrid. El original alemán *Handbuch der Dogmengeschichte* apareció en 1968, y fue publicado por la Editorial Herder. Es una obra de características enciclopédicas, escrita por teólogos de reconocida solvencia científica, que sin duda va a constituir, y está constituyendo ya, un excepcional instrumento de trabajo para los estudiosos de teología.

Por lo que se refiere concretamente al fascículo que presentamos, merece todos nuestros plácemes por su claridad y equilibrio expositivo, así como por la abundante bibliografía en cada uno de los capítulos. El esquema de capítulos es el siguiente: La doctrina bíblica sobre la inspiración de la Escritura (pp. 1-8), los Padres de la Iglesia (pp. 9-30), la escolástica (pp. 31-41), los concilios antiguos hasta Trento inclusive (pp. 42-45), la teología moderna hasta mediados del siglo XIX (pp. 46-57), el concilio Vaticano I (pp. 58-61), la teología contemporánea desde mediados del siglo XIX (pp. 62-71), el Concilio Vaticano II (pp. 72-78).

L. Turrado

J. Schreiner, *Introducción a los métodos de la exégesis bíblica*. Tr. por Rafael Puente (Barcelona, Herder, 1974) 420 pp.

Josef Schreiner ofrece la presente obra como complemento a *Palabra y mensaje* del Antiguo Testamento y a *Forma y propósito del Nuevo Testamento*. En esta ocasión pretende introducir al lector en las técnicas de la crítica literaria, de la historia de las formas, de la tradición y de la redacción así como de los géneros literarios, igualmente pretende ocuparse de todo el proceso de la evolución histórica que se ha operado en la ciencia bíblica. Quien esté un poco al tanto de las dificultades y problemas que la exégesis y su historia entrañan, comprenderá inmediatamente que la finalidad de esta obra desborda con creces el trabajo de una persona y aún diríamos más, está por encima de la posibilidad receptiva de un solo libro, por tanto no se busque algo completo, porque se encontrará con un trabajo bastante fragmentario. Es cierto que es un equipo de especialistas los que han trabajado, pero en unas páginas no se puede recoger toda la problemática de temas tan amplios. Toda obra en colaboración tiene la ventaja de ofrecer un material muy variado y el posible interés de recoger las últimas investigaciones en algunos puntos muy concretos, pero siempre queda el inconveniente de que en unas breves páginas no se puede encontrar nunca un estudio completo.

J. Schreiner firma tres trabajos, uno sobre la historia de la exégesis veterotestamentaria que comenzando por el mismo AT que es quien primero se interpreta a sí mismo, con alusiones a la labor de los escribas y de los masoretas, con referencia a la comunidad del Qumrán y a la apertura introducida por Jesús, sigue con la historia de la interpretación del AT tal como la propone la patristica, la edad media, la reforma y la edad moderna. No se mete en mayores complicaciones moviéndose siempre en un plano de

divulgación. Su segundo artículo se centra sobre la crítica textual. Únicamente pretende mostrar, con un ejemplo, cómo se desarrolla este trabajo de la crítica textual, después de mostrar lo arduo de esta tarea, estudia el Salmo 110 y Mc 12, 35-37a. Su última colaboración trata sobre las formas y géneros literarios del AT. Hace un simple recorrido de las formas de expresión que encontramos en el AT. Es un artículo interesante, pero no se profundiza en esos géneros literarios. Paralelo a este trabajo, tenemos el de H. Zimmermann que nos habla de las formas y géneros del NT. También aquí topamos con una breve llamada a esas formas de decir que se repiten y que es necesario conocer para captar su fuerza expresiva y doctrinal. J. B. Bauer hace una breve reseña de la exégesis que el NT ofrece de la doctrina recibida para continuar después con un rápido recorrido de las diferentes épocas de la exégesis, de sus puntos aprovechables y de sus fallos. Tampoco se entretiene en muchas complicaciones y no hace estudio completo de ninguno de los métodos. E. Zenger presenta un extenso estudio sobre los métodos exegeticos del AT. Todo su trabajo lo reduce al examen del capítulo noveno de Josué. Aquí se pueden apreciar las posibilidades y dificultades que implica una exégesis comprometida y científica. Algo muy semejante, pero en el NT hace A. Smitmans. El ejemplo está tomado del Ap 14. Son dos trabajos de escuela, exhaustivamente tratados y que al lector le ofrecen la dialéctica que se sigue en la alta exégesis. También es de sumo interés la contribución de K. Müller sobre las posibilidades que los hallazgos del Qumrán aportan a la exégesis bíblica. El autor se preocupa de los presupuestos metodológicos que el especialista del NT debe tener presente a la hora de enfrentarse con la literatura qumrámica. Cierra esta serie de trabajos la elaboración de un pequeño vocabulario técnico, que facilita la comprensión de términos bíblicos de constante uso y que el lector común no está al tanto de su significación. Sus autores son G. Dietrich y D. A. Wolf.

J. Oroz

G. Fohrer, *Theologische Grundstrukturen des Alten Testaments* (Berlin-New York, Ed. Walter de Gruyter, 1972) 276 pp.

Como se indica en el título se trata de condensar en estas páginas una serie de problemas estructurales del Antiguo Testamento desde el punto de vista de su alcance teológico. Primero se aborda el problema de la interpretación del AT en su dimensión judáica precristiana y luego en la primitiva Iglesia en sus diversos modos: cumplimiento de profecías, exposición alegórico-cristológica, tipológica, en torno al tema de la expectación del Mesías y su cumplimiento en Cristo. Por eso la intelección del AT ha de hacerse a la luz de la persona y obra de Cristo, porque «Jesús de Nazaret es la realización de los vaticinios mesiánicos del AT» (p. 18). El autor alude a los distintos tipos de mesianismo del AT que convergen en la persona de Jesús según la perspectiva de los autores del NT, quienes dando de lado al mesianismo temporalista, mantienen el ideal del «Siervo de Yahvé» de Isaías, y al «Hijo del hombre» de Daniel, de origen celeste.

El autor estudia someramente muchos temas, los esenciales de la teología veterotestamentaria, como la revelación, el sentido profético de la historia, el señorío de Dios en los Salmos y los profetas, la comunidad, la vida de ultra-

tumba, el pecado, el mito, la concepción del Estado, la vida social, la técnica y el futuro del hombre a la luz de la escatología. Las exposiciones son necesariamente muy someras, pero claras e insinuantes, para una visión de conjunto.

Maximiliano García Cordero

Andrés Ibáñez Arana, *El Levítico*. Introducción y Comentario (Biblica Victoriensia 2) (Vitoria, Editorial Esset, 1974) 243 pp.

El autor declara que el presente comentario al Levítico, el más árido de la Biblia, fue pensado para un comentario general a la Biblia, destinado al gran público. Pero al no llevarse a cabo este Comentario general, reelaboró su manuscrito ampliándolo para esta colección monográfica de «Biblica Victoriensia» de la Facultad de Teología del Norte de España. Sistemáticamente evita la cita de autores en las páginas, aunque da una amplia bibliografía al final del volumen. La impresión tipográfica es espléndida. Desde el punto de vista redaccional el autor supone que la base del libro es la llamada «ley de santidad» (cc. 17-26), como es apreciación común entre los comentaristas. Las leyes de sacrificios (cc. 1-7), las de pureza (cc. 11-15), y las normas sobre los votos (c. 27) constituyen bloques aparte que han sido integrados en el conjunto P. La redacción final le llama Rp. Pero las secciones son de distintas épocas. La «ley de santidad» es anterior al profeta Ezequiel, al menos en su forma primitiva, aunque fue actualizada posteriormente. Las coincidencias parecen depender de un patrimonio común.

El comentario se hace a base de pericopas amplias, poniendo el capítulo íntegro al principio de cada sección. La exposición es clara, distinguiendo con nitidez las diversas opiniones de los exégetas contemporáneos, y tratando de buscar un punto medio entre las posiciones extremas. El criterio es ponderado y orientador en una materia tan fluida desde el punto de vista redaccional como es la del Levítico.

Maximiliano García Cordero

P. B. Walter Vogels, *La promesse royale de Yahweh préparatoire à l'alliance. Etude d'une forme littéraire de l'Ancien Testament* (Ottawa, Editions de l'Université Saint-Paul/Université d'Ottawa, 1970).

En el campo de los estudios sobre formas literarias de la Biblia hebrea no se ha prestado suficiente atención al elemento promesa. Y es precisamente éste el que se propone investigar el autor de la presente tesis doctoral, presentada en 1968 en la Universidad de Saint Paul (Ottawa). Traza en primer lugar un cuadro general de la investigación sobre las promesas en el Antiguo Testamento. La crítica, por lo común, se ha mostrado hasta nuestros días inclinada a considerarlas como añadiduras tardías, sobre todo las consignadas en los libros proféticos. Hoy, en cambio, se tiende a estimarlas como elemento esencial del yahwismo en la perspectiva del «día de Yahwéh» o dentro de la dialéctica y promulgación de la Alianza. Tales promesas, en cuanto se apoyan en el compromiso previo e incondicional de Dios, encuentran su paralelo en el «royal pledge» por el que el soberano se compromete a llevar a cabo una serie de acciones salvíficas que constituirán el fundamento de la subsiguiente Alianza.

Hasta ahora no se había descubierto una estructura específica en estos textos promisorios. Sólo en relación con el oráculo salvífico se había propuesto una tal estructura. Dentro del formulario de Alianza se había descubierto también determinados elementos promisorios, en relación sobre todo con su «prólogo histórico». Partiendo de estas constataciones el autor se pregunta si la promesa incondicional es sólo un elemento del formulario de Alianza, de donde derivaría luego como forma autónoma, o si, a la inversa, constituye una forma independiente que ha influido en aquél. En esta perspectiva se analizan una serie de textos en los que se promete y prepara la Alianza, tanto la del Sinaí como la Nueva. A la primera clase pertenecen Ex 2,23b-25 y 6,2-8 (P); 3,7-8.12; 3, 16-18 (JE); a la segunda Lv 26, 40-45; Dt 30, 1-10; Os 2, 9b.16-25; Jer 32, 36-41; Ez 11, 17-20; Zac 8, 7-8. Todos ellos son analizados en el contexto de la unidad o cuerpo a que pertenecen y como fruto de tal análisis se detecta un mismo esquema tripartito: llamada de socorro, promesa de salvación, demanda de sumisión. Esta secuencia temática sufre con todo un hondo proceso de transformación, en el sentido de una moralización e interiorización de sus nociones, bajo el influjo de la teología deuteronómica y profética; así el momento primero se transforma en confesión de los pecados y conversión, y el último en profesión de amor, conocimiento y aceptación del Dios de la Alianza. Este proceso resalta sobre todo en los textos referentes a la Nueva Alianza.

El autor pone de relieve la coincidencia de estilo de estos pasajes y el contexto jurídico y de Alianza en que se mueven, con frecuente recurso a fórmulas solamente de juramento o de autopresentación que los sancionan. No obstante, en algunos casos la secuencia del esquema resulta algo rebuscada y no aparece inmediatamente dada en el texto. El autor busca, asimismo, situar el origen de tal forma en el ámbito político de los tratados, tanto internos como internacionales. Pero hay que reconocer que los ejemplos aducidos no son muy convincentes. Como advierte el mismo autor, en su mayoría son sólo analogías indirectas. Únicamente el tratado de Suppiluliuma y Matiwaza ofrece nítido el esquema de promesa regia.

En resumen, podemos aceptar con bastante verosimilitud que se trata de una forma literaria independiente por la que Israel ha expresado su conciencia de la acción salvífica de Yahweh (Exodo, Alianza y Restauración) como algo preparado por El y previo a su propia respuesta. El argumento más fuerte en este sentido viene de la presencia de tal forma elemental en otro esquema complejo, el del «Rib», en el que a través de la «confesión» se conjuga la amenaza de condenación con la promesa. Todo ello aboga, según el autor, por una situación vital de la forma en el culto, al igual que la de los esquemas mencionados. Pero, naturalmente, eso debe entenderse de la situación vital inmediata o religiosa, pues si la forma era utilizada en el campo político de la promesa regia anterior a la Alianza, es lógico que de allí arranque su origen o situación socio-vital primera.

El estudio se cierra con un somero análisis del mensaje teológico de los respectivos elementos de la forma, tanto por lo que se refiere a la primera como a la Nueva Alianza. En el mismo se resalta el contenido de gracia y la actitud de compromiso total en que queda empleado el beneficiario de la promesa.

La monografía resulta un trabajo serio y bien conducido. Se realiza en él un minucioso análisis de los temas y conceptos, que cada texto utiliza, con la aportación de la bibliografía pertinente. Pero es de temer que se haya

forzado un poco la evidencia y no quede disipada la sospecha de que la pretendida forma literaria de la promesa regia sea más bien una secuencia de motivos inteligibles en esquemas literarios superiores.

Gerogrio del Olmo Lete

Gerhard von Rad, *Die Botschaft der Propheten* (München-Hamburg, Siebenstern Taschenbuch Verlag, 1967).

En esta obra se ofrece una reedición simplificada del volumen segundo de la *Teología del Antiguo Testamento* (*Teología de las tradiciones proféticas de Israel*) del mismo autor. Se la ha completado con una introducción tomada del volumen primero y se ha omitido lo referente a la profecía preclásica, así como la sección tercera relativa a la proyección del Antiguo Testamento en el Nuevo. La obra ya fue reseñada en *Salmanticensis*, en su edición castellana (cf. 20 (1973) 354.681). La novedad de la presente edición reside en la simplificación del lenguaje, supresión de notas y párrafos más técnicos (p. e., p. 88, referente a la «escatología»; pp. 265-68, acerca de las relaciones entre «sabiduría» y «apocalíptica») y añadidura de pequeños fragmentos ilativos. Pero el alcance material, y aún el literal, de su contenido ha sido respetado plenamente, como se desprende de un cotejo con la edición mayor.

Queremos aprovechar la ocasión para insistir en el significado y valor de la presente obra. En su parte introductoria analiza los problemas esenciales que plantea el fenómeno del profetismo: origen de sus tradiciones, formas y contenidos, la vocación y libertad proféticas, concepción profética de la palabra de Dios, así como su visión de la historia, escatología y día de Yahweh. Todos estos temas son analizados con un profundo sentir de las implicaciones históricas y teológicas que suponen. Destaca su concepción de la participación que los profetas han tenido en la configuración de la conciencia histórica de Israel, así como la idea que expresa de la función profética misma, ajena a la esfera cültica.

El cuerpo de la obra se dedica a analizar el «mensaje de los profetas». Se destacan en cada caso los elementos más característicos de su predicación sobre el fondo de la situación histórica correspondiente. Las síntesis resultan inevitablemente incompletas y se apoyan sobre opciones exegéticas e histórico-literarias discutibles, como no podía ser menos. Pero resulta más importante resaltar el tratamiento independiente que de cada profeta hace el autor. Los considera según un orden cronológico, atendiendo a las tres grandes épocas del desarrollo profético, y resaltando las aportaciones comunes que afloran en cada una de ellas. Este procedimiento nos parece plenamente justificado. Antes que «una» Teología la Biblia hebrea es un cúmulo de teologías, y la consideración histórica de las mismas permite percibir su progresivo enriquecimiento y desarrollo al ritmo mismo de la historia en que se fraguan. Permanece así también en este caso, fiel el autor a la idea que según él tiene la Biblia del objeto de su teología: comprensión de la acción de Dios en la historia del pueblo.

El libro termina con una consideración general sobre el tema «profecía e historia» que sirve para enlazar con el fenómeno subsiguiente de la apocalíptica. Finalmente el epílogo plantea el tema de la realización cristiana de las profecías. Tanto en su versión actual, como en la más completa de la *Teología del Antiguo Testamento* el libro constituye una estupenda introducción a la lectura de los profetas y su teología desde una perspectiva histórica

que es conducida por su autor hasta el umbral cristiano. Su lectura será siempre estimulante e instructiva.

Gregorio del Olmo Lete

José O'Callaghan, *Los papiros griegos de la Cueva 7 de Qumrán*, BAC 353 (Madrid 1974) 99 pp. y 6 láminas.

La obra abarca tres partes: introducción, papiros de la 7Q y apéndices. El libro presenta de modo atrayente todo el material. Es de agradecer que así se ponga al alcance de muchos lo que hubiera quedado reservado a especialistas, que se preocupan de llegar, con no poca dificultad a veces, a las revistas en que había ido apareciendo la mayoría de lo que incluye la presente publicación. El P. O'Callaghan recoge sustancialmente sus artículos de Bíblica y otros. Se hace cargo al mismo tiempo de las posturas críticas, positivas o negativas, que se han ido produciendo en el mundo científico. Quizás se me permita decir que el autor no ha necesitado *destacar* ninguna de científicos españoles. Y el problema es como para ocuparse de él. Se trata de la identificación de papiros griegos datados en fechas muy tempranas. El que O. propone como igual a Mc 6, 52-53, o sea, 7Q5, se reconocía precedentemente a toda identificación como de entre el 50 antes y el 50 después de Cristo. De llegar a imponerse tal propuesta las consecuencias para la exégesis son difícilmente exagerables. Quiere decir que el más antiguo de nuestros evangelios actuales habría existido *unos veinte años antes* de lo que se había empezado a aceptar como indiscutible hace mucho. La historia de las formas como método no dispondría de tanto tiempo (unos cuarenta años entre la muerte de Jesús y la redacción de Marcos) para explicar la evolución de las distintas formas tradicionales.

La honradez científica de O. es digna de elogio. No sienta cátedra en ningún sitio, como lo advierte en el prólogo y al empezar con el capítulo de «identificaciones». Dice: «el conjunto de mi estudio ha sido presentado exclusivamente como una hipótesis o teoría científica» y que los fragmentos con más texto «ofrecen más garantía en la individuación» (p. 33). En total las propuestas de individuación son nueve: 1) 7Q4 = 1 Tim 3, 16; 4, 1.3; 2) 7Q5 = Mc 6, 52-53; 3) 7Q6, 1 = Mc 4, 28; 4) 7Q6, 2 = Act 27, 38; 5) 7Q7 = Mc 12, 17; 6) 7Q8 = Sant 1, 23-24; 7) 7Q9 = Rom 5, 11-12; 8) 7Q10 = 2 Pe 1, 15; 9) 7Q15 = Mc 6, 48.

Vuelvo a resaltar la identificación de Mc 6, 52-53. O. refiere el juicio de Martini. La importancia en concreto de este texto de Marcos radica en que cierra y abre pericopas. Lo que quiere decir que el evangelio existía como tal, como obra de conjunto, en la fecha del papiro. ¿O es que alguien va a contar con que precisamente recoge y prueba sólo la existencia de dos pericopas que corrian ya juntas, pero sin que se hubiera redactado la totalidad del evangelio?

En los apéndices conviene destacar las identificaciones propuestas por otros especialistas para 7Q5. P. Garnet elige Ex 36, 10-11; C. H. Roberts propone 2 Re (2 Sam) 5, 13-14; P. Parker piensa en Mt 1, 2-3. Ninguna de ellas le parece aceptable a O., dando naturalmente las razones.

Si la ciencia llega a corroborar la hipótesis de O., y conste que las probabilidades son astronómicas (White jr en *Eternity* Junio 1972, 30), un investigador español habrá prestado un gran servicio a la ciencia escriturística.

Severino Talavero

*Orientierung an Jesus.. Zur Theologie der Synoptiker* (Festschrift Josef Schmid en sus 80 años). Dir por P. Hoffmann (Freiburg-Basel-Wien, Herder, 1973) 431 pp.

Empecemos dando una idea del contenido del libro. Colaboran en el volumen 22 autores ordenados alfabéticamente: N. Brox, 'Buscar y encontrar' (Mt 7, 7b/Lc 11, 9b); J. Dupont, 'La escatología individual en Lucas y Hechos'; G. Friedrich, 'Lc 9, 51 y la cristología del arrebatamiento en Lucas'; J. Gnilka, 'El martirio del bautista (Mc 6, 17-29)'; L. Goppel, 'Jesús y la tradición de los «católicos domésticos»'; F. Hahn, 'Palabras sobre la luz en Lc 11, 33-36'; M. Hengel-H. Merkel, 'Los magos de oriente y la huida a Egipto (Mt 2) a la luz de la historia de las religiones y la teología de Mateo'; P. Hoffmann, 'Sobre el origen y recepción marcana de Mc 8, 31'; K. Kertelge, 'El poder de perdonar los pecados por parte del hijo del hombre (Mc 2, 10)'; G. D. Kilpatrick, 'Sobre el título kyrios (Kyrios again)'; W. G. Kümmel, 'La nueva discusión y exégesis de la parábola de la semilla que crece sin notarse'; Fr. Mussner, 'Sobre si hubo una «crisis galilea»'; F. Neiryneck, 'Coincidencias entre Mt-Lc en la transfiguración'; R. Pesch, 'La unción en Betania (Mc 14, 3-9)'; W. Pesch, 'La redacción de Mt 23 desde el punto de vista teológico'; K. H. Schelkle, '«Jesús, Maestro y profeta»'; R. Schnackenburg, 'El concepto de evangelio en Marcos'; E. Schweizer, 'Mt 21-25'; A. Vögtle, 'Sobre el origen de Mt 16, 17-19'; U. Wilckens, '«Perdón para la pecadora» (Lc 7, 36-50)'.

El volumen acaba con un útil índice de los lugares del NT explicados con algún detalle o directamente objeto de la investigación.

Es especialmente interesante saber que son autores protestantes y católicos los que se han dado cita para honrar al católico J. Schmid, famoso comentarista de los sinópticos. Este trabajo en común por parte de científicos de ambas confesiones no constituye ya, felizmente, ninguna novedad. La variedad de los temas hace muy interesante la obra, que aparece totalmente en alemán, excepto las colaboraciones de Kilpatrick (214-19) y Neiryneck (253-66), habiéndose traducido del francés la de Dupont.

Solamente vamos a mencionar un poco más en detalle dos de las contribuciones a este homenaje. La de Schnackenburg (309-24) se ocupa de cómo entiende el concepto «evangelio» el más antiguo de los evangelistas, Marcos. En su comentario a Juan trata Schn. el mismo tema refiriéndose al cuarto evangelista. Schn. nota la proximidad de Marcos y Pablo en su modo de hablar al respecto, sin que dejen de existir sus diferencias (310). El concepto que Marcos tiene es peculiar. Se distingue de Mateo, pues no es el evangelio del reino, sino que está profundamente vinculado a la persona de Jesús, el crucificado y resucitado, como ocurre en Pablo, pero todavía más que éste acentúa Marcos la pasión del Jesús terreno y el llamamiento a seguirlo (313). Ya con el título que da a su obra resalta Marcos la importancia teológica de la actuación histórica de Jesús, relacionándola estrechamente con la cruz y la resurrección. El ha sabido entretejer historia y fe, dando una solución a la relación entre el Cristo predicador y el predicado.

Schürmann (325-63) aborda con gran competencia el tema de la muerte de Jesús: cómo abordó esa prueba suprema y qué sentido le dio. Frente al escepticismo de Bultmann y otros, en el sentido de que no podemos saber cómo entendió Jesús su muerte, aborda Sch. la cuestión sin partir del principio «in dubio pro tradito», sino tomando como punto de partida la duda metódica, respetando el principio crítico de decantación que admite cómo de



Jesús las palabras que no se pueden derivar ni del judaísmo ni de la primitiva cristiandad. Sch. va planteándose sucesivamente las siguientes cuestiones:

1) Si Jesús pudo contar seriamente con una muerte violenta. A la luz de toda su actividad hay que decir que no sólo pudo sino que tuvo que contar con ello. 2) Si se mantuvo dispuesto a tal suerte. La contestación ha de ser positiva, pues de lo contrario hubiera sido imposible que se transmitieran palabras de Jesús sobre la radicalidad de su exigencia respecto de Dios (amarlo con todo el corazón, etc.), las exigencias a los discípulos de mantenerse dispuestos al martirio y de confiar en medio de los peligros. Es decir Jesús tuvo que dar ejemplo de lo que exigía a los demás. 3) Jesús no es que provocara su muerte, como si de la meta propiamente dicha de su vida se tratara, pero es cierto que no aceptó pasivamente el peligro que veía venir, sino que lo incorporó activamente en su conducta. 4) Cómo pudo asociar el destino que se le venía encima con su misión. Sabiendo que tenía que establecer el nuevo orden y que Dios quería su muerte, lo normal es asociar ya ambas cosas en el sentido de que, según la voluntad de Dios, su muerte tenía que servir a la realización de ese orden nuevo. 5) Si Jesús comprendió su muerte como salvadora. Prescindiendo, por fidelidad, al principio de decantación, de las palabras de la cena y del lógion sobre el rescate (*lytron*), no se puede dudar que toda su actuación y predicación convergen hacia la posibilidad y hasta probabilidad de que Jesús entendiera su muerte desde el punto de vista salvífico, puesto que toda su vida fue un perenne servicio, exigencia de amor, a los enemigos y a los pecadores, y continuo ofrecimiento de salvación hasta el final. 6) Pero es difícil aceptar que hablara de ese sentido salvífico de su muerte en público y aún ni siquiera de ésta. Es improbable que hablara públicamente de su muerte, pues con ello su predicación se hubiera exasperado. Y de haber hablado así del sentido salvífico de la muerte que le esperaba, se encontrarían más huellas en la tradición. Tal predicción salvífica estaría en tensión, si no incluso en contradicción, con la restante tradición de Jesús, según la cual su predicación y actuación no se encaminan a la muerte ni dependen de ella, en cuanto que sólo ésta realizaría la salvación. 7) Pero es absolutamente pensable que hablara de ello en la intimidad con sus discípulos, aunque sólo en los últimos días de su vida, si es que quería ayudarles a superar la catástrofe que se avecinaba. 8) La última pregunta es si de hecho llamó la atención en la última cena sobre el aspecto salvífico en cuestión. Es cierto que una seguridad definitiva no se podrá lograr desde el punto de vista histórico. La cuestión tiene que permanecer abierta. La seguridad última no la tienen tampoco, por supuesto, los que negaran tal posibilidad. El argumento de convergencia mueve a Sch. a considerar como algo más que un postulado el que Jesús mencionara de algún modo el sentido salvífico de su muerte en la última cena.

La abundancia de materiales y la competencia de los que colaboran hacen muy recomendable la consulta del volumen. El prólogo, con datos sobre el homenajeado, se lee con fruición y provecho. Tenía que ser un lema lo que solía decir Schmid: «Nadie puede servir a dos señoras» (12), pensando en la ciencia y en la administración eclesiástica y llevándolo a la práctica, pues rechazó repetidamente el título de «monseñor». ¿No revaloriza esto la exégesis de libros que tratan de la actividad de uno que puso su vida al servicio de todos?

Severiano Talavero

*Neues Testament und christliche Existenz*. Festschrift für H. Braun zum 70 Geburtstag. Editado por Hans Dieter Betz y Luise Schottroff, Mohr (Tübingen 1973) 546 pp.

Presentar en castellano el volumen de homenaje que alumnos, compañeros y amigos dedicaron a H. Braun en 1973, a sus 70 años, no es empresa fácil. Partimos del hecho de que el mismo H. Braun no ha sido demasiado conocido entre nosotros, aunque esta situación puede cambiar porque su obra quizá más conflictiva acaba de aparecer en castellano (*Jesús, el hombre de Nazaret y su tiempo*, Salamanca, Sígueme, 1975). Por otra parte, los trabajos que se recogen en este volumen son demasiado numerosos y variados de tal forma que no puede ofrecerse un resumen de todos ellos. Teniendo esto en cuenta nos ha parecido que lo más conveniente será ofrecer una visión muy general del pensamiento de H. Braun y mostrar después la línea dominante de los trabajos de homenaje que le dedican.

Herbert Braun es un historiador que ha consagrado gran parte de su vida al descubrimiento del paralelismo que existe entre el cristianismo primitivo y el judaísmo de aquel tiempo (cf. *Spätjüdisch-häretischer und frühchristlicher Radikalismus*, Vol. I-II, BHT 24, Tübingen 1957, y *Qumran und das Neue Testament*, Vol. I-II, Tübingen 1966). Al mismo tiempo es un teólogo que pretende traducir para el hombre actual lo que el viejo mensaje de la Biblia y de Jesús ofrece de valioso (cf. los artículos reunidos en el volumen *Gesammelte Studien zum NT und seiner Umwelt*, Tübingen 1962). En este segundo menester se muestra como discípulo de Bultmann y pretende llevar hasta las últimas consecuencias la desmitologización del cristianismo: No basta con interpretar de forma existencial los relatos de la pascua y nacimiento, los ángeles, demonios y milagros; el mismo Dios se ha convertido en símbolo (y garantía) de la realización auténtica del hombre.

Para H. Braun Jesús se comprende, en el fondo, por sí mismo, sin un Dios que le respalde. Jesús es un predicador de la verdad universal humana que nos muestra la posibilidad de realizarnos auténticamente en el amor que «recibimos» como don y que debemos ofrecer, al mismo tiempo, a los demás. Al mismo tiempo, Jesús se presenta como ejemplo de realización auténtica; es el hombre que ha realizado el misterio de Dios entre los hombres (ha realizado el amor). De esa manera el Dios transcendente desaparece no sólo del mundo (Kant), de la sociedad (Marx), de la mente humana (Freud) sino también del mismo Jesús de Nazaret. Aquí se ha dado el paso que podía parecer un imposible; para entender a Jesús no hace falta Dios; ese Dios no es más que un símbolo del auténtico hacerse de los hombres.

De esta manera llegamos a los dos centros de interés de la obra teológica de H. Braun: El nuevo testamento, como expresión del sentido de Jesús, y la existencia humana. Ambos centros se encuentran de algún modo superpuestos = El NT, a partir del testimonio de Jesús, no tiene más tema que la auténtica realización de la existencia. Es lo que han pensado los organizadores y editores de este homenaje al centrar todos los estudios sobre este doble tema: Nuevo Testamento y existencia cristiana.

El homenaje consta de 30 estudios que han sido catalogados sencillamente por orden alfabético de autores, desde K. Adloff hasta G. Strecker. Colaboran fundamentalmente exegetas y dogmáticos y la orientación de los trabajos es diversa en cada caso. Común a todos ellos es el hecho de tratar del hombre a partir (de alguna forma) del nuevo testamento; en ese campo entra el

estudio de H. D. Betz (*Humanización del hombre: Delfos, Platón y Pablo*) o de H. Dembowski (*Schleiermacher y Hegel. Un contraste*), de G. Sauter (*La imagen de Jesús de Nietzsche como pregunta a una «Teología después de la muerte de Dios»*) o de E. Fuchs (*El Señorío de Cristo*). Común a todos es el hecho de hallarse más o menos cercanos a los planteamientos de H. Braun.

En la multiplicidad de sus posturas, esta obra nos muestra que el pensamiento de H. Braun es algo vivo: El NT puede y debe interpretarse a la luz de la existencia; de Dios podemos hablar en la medida en que nosotros mismos nos realizamos como humanos. Pero debemos añadir que, si H. Braun representa una posibilidad en la teología no es la única. A su lado, y en su mismo homenaje podemos encontrar estudios que marcan una tendencia muy distinta; está G. Sauter y la posibilidad de una teología de la esperanza; están H.-M. Schenke, S. Sulz, G. Strecker y F. Hahn con todo lo que significa la búsqueda de la nueva exégesis postbulmanniana; está E. Lohse con su medida de creyente, está, en fin, toda una serie de nombres que muestran que la exégesis y la teología sigue abierta. Como lo muestra el conjunto de autores que se han dado cita a su homenaje, H. Braun ha representado uno de los momentos más vivos del pensamiento cristiano actual; pero ese pensamiento va más allá del mismo H. Braun y sigue vivo por encima y por debajo de sus presupuestos. Tal es la lección más importante que nos puede ofrecer este homenaje.

Javier Pikaza

Joachim Jeremias, *Teología del Nuevo Testamento*, vol. I, trad. por Constantino Ruiz Garrido (Salamanca, Sigueme, 1974) 378 pp.

Comienza la obra con el problema del *Jesús histórico*, se pregunta si nuestras fuentes son suficientes para poner las bases a las ideas fundamentales de la predicación de Jesús. Esta cuestión, si queremos previa a la misma teología, tiene el interés de marcarnos el camino y de mostrarnos el valor de las fuentes. Es bien conocida la senda por la que se mueve Jeremias en esta cuestión. Se le ha tachado de tradicionalista, pero es obligado reconocer en él una formación nada común. Analiza el lenguaje de los evangelios bajo el punto de vista crítico, lingüístico y filológico con un rigor sólo posible a quien posee unos conocimientos como los suyos. Conoce el valor de los movimientos semitas de similitud y disimilitud, los distintos paralelismos, el ritmo de las frases y su combinación, al mismo tiempo que sabe apreciar la trascendencia de términos como Abba, Amen, Reino de los cielos, etc. Todo esto escrupulosamente analizado le sirve al autor para concluir que el núcleo de la predicación del Jesús prepascual constituye, sin lugar a duda, la «ipsissima vox Jesu». Se podrá admitir o rechazar tal conclusión, pero no se podrá negar el mérito y el valor del estudio.

Una vez que ha asegurado los cimientos, estructura todo el andamiaje teológico comenzando por la misión de Jesús. Tiene suma importancia la relación que establece con el Bautista y uno de los temas preferidos de siempre en Jeremias es la significación de Abba que aquí también tiene su gran importancia. De la misión pasa a la actividad de Jesús. Esta actividad es doble, de palabra y de obra. Tiene sus paralelismos con los rabinos de su tiempo, pero los supera en toda línea, él establecerá la victoria sobre el poder de Satanás e inaugurará la era del Reino de los cielos. La predicación de este «basileia» tiene un rasgo muy característico, *la buena nueva anunciada a los pobres*. Pero el mensaje de Jesús tiene una doble vertiente con temas inse-

parables entre sí, al tiempo que anuncia la salvación, predica igualmente la condenación. En su doctrina la gracia y el juicio se corresponden íntimamente y esta dialéctica la desarrolla en el capítulo cuarto en el que obtiene un lugar preeminente los textos apocalípticos de los evangelios sinópticos. Tanto la salvación como la perdición son algo personal, tal como aparecen en la predicación de Jesús. Este llamamiento puede hacerse de distintas maneras, pero siempre la respuesta será por medio de la fe, este es el tema del quinto capítulo que lo ha titulado, *el nuevo pueblo de Dios* que es el más rico de toda la obra y donde la fe, la filiación, el discipulado, entre otros, son temas sobresalientes. La antigua Torá deja el paso a una nueva ley de Dios y los mensajeros de Jesús proclaman la aurora del tiempo de la salvación. A la aparición de Jesús precede su vocación y ésta se localiza con motivo del bautismo de Jesús, desde este momento la predicación del Maestro de Galilea lleva los ecos del acontecimiento escatológico salvador. El tiene conciencia de su misión y cree que él mismo era el portador de la salvación. He aquí la temática del capítulo sexto donde se detiene en la explicación del significado del YO enfático, en la profundización del título del Hijo del hombre y en la dimensión de la pasión que no es el final, sino la meta de la actividad terrestre de Jesús y el camino inevitable para la gloria del Hijo del hombre. Hace un repaso de las referencias que los evangelistas hacen del sufrimiento de Jesús como de todas aquellas llamadas que tienen relación con la pasión y de esta manera nos da una visión exacta de su significación. Cierra el estudio diez páginas sobre la pascua, donde se para a estudiar la tradición y la interpretación más antigua sobre este acontecimiento.

Se podrá discutir el procedimiento y su legitimidad e incluso la validez de sus conclusiones, pero hay que convenir en la importancia de la obra por la polivalente formación de Jeremías. Precisamente el cúmulo de conocimiento no sólo filológico, sino de todo el *Sitz im Leben* de los evangelios, pudiera ensombrecer y oscurecer el carácter teológico de la obra. Sin embargo, toda la ambientación social, religiosa, moral, así como los recursos lingüísticos, no son un ropaje superficial e inútil, sino que es el modo de ir abriendo un campo que es netamente teológico y cuya profundidad la capta quien esté un poco entrenado en los métodos exegéticos. Aquellos que miran con desprecio estos datos, renuncian hacer exégesis y no aciertan a ver la teología exacta de los libros sagrados. Jeremías, como nadie, sabe apreciar, precisamente por sus amplios conocimientos de todo el entorno del NT, el valor de muchos términos y pasajes que están dependiendo de una situación concreta del pueblo israelita.

La altura de este libro presupone una cierta catequización bíblica y el gran público no podrá seguir la dialéctica del profesor de Gotinga. Quienes tengan que enseñar el evangelio y lo quieran hacer con un cierto rigor científico harán muy bien en acudir a fundamentarse en esta obra. Igualmente es aconsejable para todos aquellos que tengan interés por la profundización en la teología de los sinópticos que es la que Jeremías, particularmente, estudia.

J. Oroz

Karl Gutbrod, *Die «Weihnachtsgeschichten» des Neuen Testaments* (Stuttgart, Calwer V, 1971) 92 pp.

La obra que presentamos pertenece a una de las más valiosas colecciones bíblicas del momento. Se trata del «*Biblisches Seminar*» que publica la Calwer Verlag. Su importancia radica en el hecho de que intenta presentar los me-

jores resultados de la exégesis moderna de una forma catequética, adaptada para los estudiantes de enseñanza media y los cristianos que forman parte de los círculos de tipo bíblico o cristiano en general. Muchas veces, y aún en medio de ambientes en los que se respeta el avance de la ciencia, se piensa que «podemos seguir siendo cristianos» a pesar de los descubrimientos exegéticos de los últimos decenios. Esa postura no es solamente anticristiana; es tonta. Somos cristianos porque creemos que Jesús es el Hijo de Dios y toda la auténtica exégesis nos puede (y debe) ayudar a comprender el sentido de su obra y su palabra.

Hacemos esa anotación preliminar porque juzgamos que una colección bíblica como esta a la que nos referimos sería extraordinariamente importante en España. Nuestra ignorancia religiosa es demasiado grande como para poder pensar que seguimos siendo cristianos. El español culto desconoce en general el sentido de los milagros de Jesús, el valor de los evangelios, la verdad de las parábolas, el mensaje de la resurrección o el transfondo de la navidad. De todos esos temas trata esta colección y lo hace, de verdad, con buen sentido catequético y hondura.

Pero debemos fijarnos ya en concreto en nuestra obra. Su autor —Karl Gutbrod— es un maestro de la enseñanza bíblica. Ciertamente, los temas que desarrolla no ofrecen ninguna novedad para el exegeta profesional; el exegeta sabe (o debe saber) que las narraciones de la infancia forman como una introducción a los evangelios de Mt y Lc; sabe que su intención no es de tipo «cronístico» sino teológico; puede hablar del simbolismo de los textos, del sentido de la concepción por el Espíritu, de la unidad fundamental de los relatos... Todo eso es algo conocido. Pero es necesario «saberlo decir», enseñar a la juventud que estudia el valor de la navidad, mostrar el sentido del «Dios que viene a hacerse hombre» entre los hombres. De todo eso trata nuestro libro, con limpieza, con un criterio ligeramente conservador pero sabiamente equilibrado, con hondura. Lo único que nos pesa al escribir esta nota es que el libro no esté escrito en castellano y no se pueda presentar como objeto de estudio para los españoles que se dicen cristianos y cursan eso que ahora se llama el BUP.

Javier Pikaza

Jacques Dupont, *Les béatitudes*, tome III: *Les évangélistes*. Nouvelle édition entièrement refondue (Paris, Gabalda, 1973) 743 pp.

Uno podría sentirse aturdido a la hora de enfrentarse con la utilización del inmenso material que Dupont recoge, sobre todo, teniendo en cuenta que hay tanto que requiere nuestra atención y nuestro tiempo. Pero el aprovechamiento de este volumen está facilitado por índices valiosos de autores (673-85), citas bíblicas, así como del judaísmo posbíblico y del cristianismo posapostólico (687-727) y términos griegos (729-34).

El tomo que aquí se presenta cierra la trilogía, cuyas dos partes anteriores son: *Le problème littéraire* y *La bonne nouvelle* (ambos de 1969, siendo la primera reimpresión de la edición de 1958). La obra se divide en dos partes dedicadas a «La versión de Lucas» y «La versión de Mateo» respectivamente. Apenas se encontrará aspecto que no trate el autor, uno de los más prestigiosos exegetas en el mundo actualmente.

La versión de Lucas tiene una innegable intención parenética. Se aplican directamente las bienaventuranzas a los cristianos cuya situación en el mundo

es comprometida. Pero esa reinterpretación y actualización de las bienaventuranzas de Jesús no es exclusivamente obra del evangelista, sino que ya había comenzado en la transmisión preluca de la tradición. Las tribulaciones no deben desorientar a los cristianos que saben lo mucho que hay que pasar para entrar en el reino de Dios (Hech 14, 22). Lucas no sitúa la perspectiva en la parusia y cambios cósmicos del fin del mundo, sino en la entrada en la eternidad por la muerte de cada uno.

Frente a las promesas consoladoras para los cristianos en situación de aprieto están los ayes de amenaza contra los ricos. A Lucas «la posesión de fortuna le parece incompatible con la obtención de bienes eternos». Ello nada tiene que ver con la concepción dualista de los ebionitas. Más bien se debe al estado de espíritu creado «casi fatalmente» por la riqueza en quienes la poseen, pues los incapacita «para preocuparse seriamente de su porvenir eterno, para darse cuenta de sus deberes para con los pobres, para aceptar prácticamente su dependencia de Dios».

La perspectiva en la presentación de Mateo es otra. Ya no son tanto las situaciones exteriores cuanto las disposiciones interiores las que atraen la atención. Ya no se trata, por ejemplo, de quienes son pobres y tienen hambre, sino de quienes lo son en espíritu y hambreadan la justicia religiosa. No se habla tanto de la intervención de Dios en defensa de los desheredados, cuanto de las disposiciones para llegar a participar de los bienes prometidos. Esas disposiciones pueden resumirse en una sola palabra: justicia, que no es sino la conformidad con la voluntad de Dios. Las bienaventuranzas son las condiciones para entrar en el reino y representan un programa de justicia, mediante cuyo cumplimiento el cristiano se muestra justo en el sentido evangélico.

La perspectiva cristológica se encuentra presente en ambos evangelistas resaltando la vinculación con Cristo: Mt 5, 11 «por mi causa» y Lc 6, 22 «por causa del hijo del hombre». No declara Lucas bienaventurado a los pobres en general, sino que se dirige a los cristianos (ellos son los destinatarios, pp. 21-40), cuya felicidad empieza ya al morir. No deben por eso envidiar a los felices de ahora, cuya suerte cambiará rápidamente. La perspectiva de Mateo es distinta. En él las bienaventuranzas valen para los cristianos y para los que no lo son. Únicamente la última es exclusiva de los cristianos: la persecución por causa de Cristo con una doble condición: que la persecución se deba a la justicia (Mt 5, 10) y que las causas sean falsas (5, 11).

Las bienaventuranzas no son únicamente promesa de felicidad, sino su proclamación, una fórmula de felicitación. No es que vayan a ser felices, es que lo son ya. No por razón de su situación presente, sino en cuanto que esa situación es prenda de la felicidad futura. Es muy acertado que Dupont llame la atención sobre esto, porque se dice por ahí cada cosa..., por supuesto que para quitar a los bienaventurados la conciencia de su situación presente. El autor recalca que «la dicha proclamada en el primer miembro de cada bienaventuranza no se comprendería sin la promesa que se anuncia en el segundo». Proclamación y promesa van indisolublemente unidas. De ningún otro modo puede calificarse la religión de las bienaventuranzas sino diciendo que es religión de esperanza. Pero por su vinculación a la situación terrena tal esperanza está preservada del peligro de evasión de lo real. El presente tiene sentido gracias al futuro, de cuya promesa es portador.

Cualquiera que se ponga a escribir o hablar a fondo de la «carta magna» del reino de Dios hará muy bien en acercarse a esta obra insustituible de Dupont.

Severiano Talavero

C. H. Dodd, *El fundador del cristianismo*, tr. de A. E. Lator Ros (Barcelona, Herder, 1974) 202 pp.

En febrero de 1954 pronunció Dodd en el University College de Gales, Aberystwyth una serie de conferencias que ahora se dan a la prensa añadiéndoseles nuevos materiales. Después de una interesante introducción donde se ofrece una panorámica de la problemática que va a presentar y de los medios ambientes en que nació, se pregunta por los documentos. Comienza con la obra de Lucas que se fundamenta en testigos oculares. Admite Dodd fuentes escritas y concede gran importancia a la tradición oral. Una fuente supone que es Marcos y cómo éste sirve de base a Mateo y Lucas, él es un buen guía para descubrir los intereses y las impostaciones de los otros dos. Los evangelistas no son cronistas sino historiadores y como tales conceden importancia al sentido que un acontecimiento tuvo para aquellos que recibieron su impacto. Los evangelios relatan hechos recordados, pero tal como han sido comprendidos desde la resurrección, sin la cual no se entienden ni los evangelios ni la misma iglesia. Son documentos de la fe de los primeros cristianos, pero esta fe actuó como salvaguardia de recuerdos genuinamente históricos. Dando un paso atrás hay que llegar a la enseñanza de Jesús. Esta tiene un sello inconfundible y la marca de la originalidad. Para que esto quede bien claro, recoge aquellos datos evangélicos que muestran sencillez de expresión y de doctrina. Jesús es un maestro que parte de posiciones paralelas a los maestros judíos, en muchas ocasiones va más lejos y allí es donde se nota su originalidad. Habla de la existencia y de la realidad del pueblo de Dios con su entronque en el AT y la obra de Jesús que viene «en la plenitud de los tiempos» a completar y dar el último sentido a esta realidad. Este trabajo va unido a su enseñanza que poco a poco va dibujando el diseño que generaciones posteriores vivirán. El título de Mesías, el Kristos para el griego, era el título que el nuevo Israel dio a Jesús. Es un título que indica una función histórica. El autor hace un recorrido de los lugares emparentados con esta cuestión, todo el capítulo séptimo está centrado en esta cuestión. Los tres últimos los dedica a la historia que comenzando en Galilea, prosigue en Jerusalén y termina con las consecuencias, puesto que Jesús ha sido llevado a la cruz, pero la historia sigue y los evangelios continúan con las narraciones de la resurrección que la fundamentan en el sepulcro vacío y en las apariciones. Estos tres capítulos nos van recordando los hechos en una sucesión histórica.

Este libro es el último de la obra de Dodd. No es un libro de la riqueza científica de *Historical Tradition in the fourth Gospel* o *The fourth Gospel* del mismo autor, pero ofrece una síntesis de sus grandes conocimientos y además está al alcance de todos los lectores de mediana formación bíblica.

J. Oroz

Etienne Trocmé, *Jesús de Nazaret visto por los testigos de su vida*, trad. de Santos González de Carrea (Barcelona, Herder, 1974) 190 pp.

Reconoce Trocmé que no siempre se ha procedido con honradez en este trabajo cuya finalidad no es volatizar la figura de Jesucristo, sino que, al contrario, significa para los creyentes una llamada a profundizar más su fe y, para los no creyentes, una invitación a no escamotear el problema que Jesús pone a todo hombre. En el primer capítulo hace un repaso de las vidas de Jesús, nota las líneas generales en las que se mueven y descubre fallos y aciertos. En el estudio evangélico da prioridad a los sinópticos y entre éstos a Marcos. La imagen que se desprende de los «logia» del Señor que los evangelios sinópticos nos han conservado no tiene rasgos propiamente mesiánicos, pero sí lo presentan como el enviado por Dios para la misión escatológica. De los «apoteogmas» piensa que son más escenas ideales que pertenecen al momento de la redacción más que al campo de la transmisión. La figura de Jesús según los «apoteogmas» coincide con la de los «logia». Estudia detenidamente la narración de la pasión en las cuatro versiones. Aquí descubre un interés por la persona del Señor, todo está concebido bajo el punto de vista de su misión, se presenta como el justo perseguido cuyo triunfo final está asegurado. Después de ocuparse de las parábolas tal como nos las han conservado los evangelistas, se pregunta por las razones que cada uno de ellos en la selección de las mismas. Cree encontrar el medio ambiente en el que se pronunciaron en las charlas de sobremesa que Jesús daba después de habersele convidado a comer. Imagina Trocmé que Jesús recibía continuas invitaciones, que tenía gran talento narrativo, que era buen charlista, que había viajado mucho por el país y de cualquier hecho trivial sacaba una enseñanza. El Jesús de las parábolas es el mismo de los «logia», pero visto con ojos diferentes. En el problema de los milagros le importa el papel que desempeñan en la redacción de los evangelios, cómo se han formado y cómo se han transmitido antes de su redacción definitiva. Después de un repaso a los relatos milagrosos puede concluir que Jesús no es mago al estilo de los magos, aceptó su papel de curar como uno de los aspectos de la misión que Dios le confió. Los milagros nos dan una dimensión del Jesús histórico. La fama de Jesús no pudo sustraerse de la influencia pública y así no pudo pasar desapercibido. Sus mil facetas diferentes, su riqueza en la doctrina, su originalidad en muchas ocasiones y la reacción de las gentes, hace urgente la pregunta: ¿Quién era Jesús? A éste no se le puede reducir a una categoría. El misterio de Jesús consiste en que él puede hablar de Dios y del hombre a los grupos más diversos y ninguno lo puede tomar como propiedad exclusiva.

Al leer el libro se ve las dimensiones de Jesús, se nota el trabajo redaccional de los evangelistas y las vivencias de la primera comunidad. Todos se podrán enriquecer con su lectura, pero quien no esté familiarizado con las técnicas de la exégesis, sepa pasar por el tamiz de la crítica tesis de Trocmé que no están del todo demostradas y recuerde que estamos ante un autor protestante que se mueve en criterios diferentes.

J. Oroz



Willi Marxsen, *La resurrección de Jesús de Nazaret*, trad. de Alejandro E. Lator Ros, presentación de José M. Rovira B. (Barcelona, Herder, 1974) 240 pp.

En 1964 publicó Marxsen un pequeño libro titulado *La resurrección de Cristo como problema histórico y teológico* (*Die Auferstehung Jesu als historisches und als theologisches Problem*, Gütersloh). Las opiniones que allí se defendían causaron sorpresa, admiración y escándalo. Por eso, para aclarar su postura y defenderse de las críticas más o menos justificadas, el mismo autor ha publicado cuatro años más tarde un nuevo libro sobre la resurrección; se titula simplemente *Die Auferstehung Jesu von Nazareth* (Gütersloh 1968), es más sencillo y completo que el anterior, y es el que ahora presentamos en su versión castellana. La mejor manera de hacerlo será el profundizar en el sentido que la resurrección de Jesús tiene en esta obra y en general en toda la teología de Marxsen.

Para entender a Marxsen debemos comenzar con Bultmann. La resurrección de Cristo es para Bultmann la expresión de la importancia de la cruz; testifica que la cruz no ha sido simplemente la agonía de un hombre ajusticiado sino el hecho escatológico del juicio de Dios que ha destruido la fuerza de la muerte y que inaugura un nuevo tipo de existencia para el hombre. Creer en la resurrección de Jesús implica: 1) Ver la cruz como actuación de Dios; 2) aceptar la fuerza salvadora de la Cruz en el mensaje de la predicación. El mensaje cristiano no es recuerdo de un hecho que ha pasado, ni argumento acerca de la vida que no pasa, ni recurso moralista; es la presencia de Jesús crucificado, es juicio de Dios entre nosotros. (Cf. *Kerygma und Mythos*, I, Hamburg 1967, pp. 44-48; *Jesus*, München 1967, pp. 147-8). Jesús resucita según eso en el kerygma de la iglesia, en el mensaje proclamado y en la vida de aquellos que se dejan transformar al aceptarlo. En realidad, a Bultmann no le importa la persona humana de Jesús, no le interesa su destino de hombre que ha vivido entregado a los demás y ha muerto en el Calvario. Le importa la «verdad de la palabra» y es en esa palabra proclamada donde el Cristo permanece vivo (resucitado).

Marxsen sigue a Bultmann pero centra el destino de Jesús en el mensaje y fuerza de amor que ha suscitado su presencia; no le importa la cruz como lugar del juicio escatológico de Dios sino la misma vida de Jesús como expresión de entrega a los demás y de esperanza; por eso la resurrección es garantía de que la «causa» de Jesús sigue adelante. La «causa» era entregarse a Dios, hallarse libre para amar, darse a los demás; a pesar de la muerte de Jesús todo eso sigue siendo cierto; por eso la iglesia sostiene que «vive» entre los suyos (cf. p. 190).

La fe en Jesús consiste para Marxsen en aceptar todo el valor de su mensaje y modelar la propia vida de una forma consecuente. Pues bien, los que han hallado a Jesús sobre el camino de su vida, los que escuchan su palabra y le obedecen han entrado en contacto con Dios (el absoluto). Por eso, lo que importa ya no es la existencia de Jesús aislada, no es su historia o su persona; lo decisivo es el misterio de la vida de Dios que nos transmite, la verdad definitiva que ha venido a regalarnos. (Cf. W. Marxsen, *Anfangsprobleme der Christologie*, Gütersloh 1969, p. 51; «Jesus hat viele Namen» en *Der Exeget als Theologe*, Gütersloh 1968, pp. 220-21; *Zur Frage nach dem historischen Jesus*, TLZ 87 (1962) 580).

Después de la muerte de Jesús sus discípulos dijeron que está vivo. Para expresar su fe emplearon dos imágenes distintas: a) Dentro del campo de experiencia de la vieja apocalíptica afirmaron que Jesús «ha resucitado» de los muertos; recibe una vida distinta y se aparece de manera personal a los que creen. b) En un contexto más teológico se expresa la misma realidad cuando se afirma que «Jesús está exaltado»; no se defiende aquí que ha vuelto a la vida sino que ha sido «elevado al plano de lo divino» (cf. pp. 179-90).

Marxsen considera que ambas formas de interpretar la victoria de Jesús sobre la muerte son valiosas; sin embargo, no se pueden tomar como realidades objetivas, son un símbolo del misterio. Indican, por un lado, que la causa de Jesús sigue adelante; aquello que el profeta galileo ha pregonado y ha vivido permanece por encima de su muerte. Muestran, en segundo lugar, que la salvación (la vida que está abierta a Dios y hacia los otros) no es algo del mundo; es un don que se nos ha aofrecido, es gracia que Dios mismo nos concede por medio de Jesús. Finalmente, y con una inmensa dosis de confianza, Marxsen piensa que Jesús se encuentra en Dios. Eso es todo lo que puede asegurar; añadir una palabra más, afirmar que está resucitado, que vive de esta forma o de la otra es romper el silencio del misterio (del NT), es una pretensión de dominar lo que debe ser desconocido. (Cf. pp. 221-36).

Ciertamente, Marxsen tiene razón cuando afirma que la pascua de Jesús es un misterio que no puede desvelarse. Más aún, el hecho de centrarse en «la causa de Jesús», vista en su conjunto, y no solamente en su muerte (su Cruz) nos parece positivo. Pero pensamos con la iglesia del NT que el centro del mensaje de Jesús se ha condensado en su destino, en su persona. Por eso, no basta con afirmar que la causa de Jesús sigue adelante. Es necesario que descubramos al mismo Jesús como el «viviente», como aquel que ya ha triunfado de la muerte e inaugura un tiempo escatológico (funda con su «espíritu» la iglesia, hace posible una existencia nueva para el hombre). Si nos olvidamos de este triunfo «personal» de Jesús (su propia resurrección) es muy fácil que todo su mensaje termine por hacerse inoperante.

Por todo eso, aún reconociendo los grandes valores de la exposición de Marxsen, la juzgamos incompleta. La resurrección no es simplemente la expresión de la «verdad de la causa» de Jesús; es la actuación de Dios que constituye a Jesús como su Hijo (Rom 1, 3-4), el surgimiento de la nueva realidad en que Jesús es ya el «primero de los que han vencido a la muerte».

Javier Pikaza

*La portée de l'Église des Apôtres pour l'Église d'aujourd'hui* (Colloque oecuménique de Bologne, 10-13 avril 1973), publié sous les auspices de la revue *Istina* (Bruxelles, Office Intern. de Librairie, 1974) 130 pp.

Ocho trabajos, de reconocidos especialistas, que en una u otra forma están tratando de responder a un importante problema ecuménico: cómo y en qué medida la iglesia de los Apóstoles puede servir de norma para encontrar hoy la verdadera iglesia de Cristo. Damos los títulos de cada uno de los trabajos:

W. Pannenberg (luter.), *¿Qué puede significar para las Iglesias separadas la referencia a un pasado común?* (pp. 6-12).

J.-L. Leuba (reform.), *¿Qué significa para las Iglesias divididas el invocar un pasado común?* (pp. 13-19).

P. Bonnard (reform.), *Normatividad del Nuevo Testamento y ejemplaridad de la Iglesia primitiva* (pp. 20-30).

P. C. Bori (catól.), *La referencia a la comunidad de Jerusalem en las fuentes cristianas orientales y occidentales hasta el siglo V* (pp. 31-48).

Mons. Damaskinos (ortod.), *La disponibilidad al Espíritu Santo y la fidelidad a los orígenes según los Padres griegos* (pp. 49-64).

J. D. Zizioulas (ortod.), *La continuidad con los orígenes apostólicos en la conciencia teológica de las Iglesias ortodoxas* (pp. 65-94).

J.-J. von Allmen (reform.), *La Iglesia reformada del siglo XVI y la Iglesia antigua* (pp. 95-110).

G. Alberigo (catól.), «*Forma ecclesiae*» en *el humanismo cristiano, particularmente en Nicolás de Cusa* (pp. 111-129).

En visión de conjunto los trabajos resultan sumamente interesantes, pues nos dan a conocer posiciones y puntos de vista que en tema tan importante será muy necesario tener en cuenta por todos los que se dedican a estudios ecuménicos. Notemos algunas de las afirmaciones más características: «lo realmente decisivo para la cuestión de la unidad cristiana, es la cuestión de Jesucristo como futuro común de los cristianos y de sus Iglesias hoy divididas» (W. Pannenberg, p. 12); «la epifanía de Cristo será siempre un pasado cualificado, de carácter ontológico y determinante; pero esta ontología de la llamada no es conocida en toda su amplitud sino por las respuestas [según las diversas confesiones cristianas] que le han sido dadas..., las cuales respuestas a su vez habrán de ser juzgadas por esta llamada» (J.-L. Leuba, p. 19); «al estudiar la Iglesia del Nuevo Testamento ¿qué es lo que se ha de considerar como ejemplar? ¿Será lo de su fundación por Jesús sobre Pedro, su organización en los ministerios, su vida interior en la diversidad de carismas, o la conciencia que ella tiene de ser el pueblo escatológico de Dios?» (P. Bonnard, p. 21); «la verdad no se traiciona cuando es reencarnada a cada época histórica, sino cuando se la conserva como una reliquia o pieza de museo... El Espíritu Santo, que vive siempre en la historia, permite la encarnación de la verdad a cada época» (Mons. Damaskinos, p. 62); «para los reformados el ministerio esencial para la vida de la Iglesia es único: el ministerio de la Palabra, de los sacramentos y de las llaves. La manera, o mejor, las diferentes maneras cómo puede escalonarse jerárquicamente este ministerio... no toca a la naturaleza misma de la Iglesia» (J. J. von Allmen, p. 103).

L. Turrado

C. H. Dodd, *La predicación apostólica y sus desarrollos*, tr. de José Cosgaya (Madrid, Ediciones Fax, 1974) 120 pp.

No es fácil la tarea que Dodd se ha impuesto, quedan siempre mil interrogantes pendientes, porque además de estar a veinte siglos de distancia de los acontecimientos, ignoramos, en muchas ocasiones, móviles y situaciones vitales que dieron lugar a los hechos... Tres partes tiene el trabajo, en primer lugar estudia *la predicación apostólica* haciendo un recorrido de aquellas fórmulas y pasajes kerimáticos que nos llevan al entroque mismo la primitiva catequesis que tiene un carácter eminentemente escatológico. Esto ayuda para conocer la primera formulación del acontecimiento cristiano. Es la parte más extensa, rica e importante. Continúa con *los evangelios* donde descubre el interés escatológico de los mismos principalmente en Marcos.

Este ha servido de modelo a los demás evangelios sinópticos, aunque es obligado reconocer que tanto Mateo como Lucas tienen su perspectiva propia del kerigma... Hay una evolución que se prosigue en *Pablo* y *Juan* que van a ocupar la atención del autor durante la tercera parte. Se descubre sus ideas teológicas en una exposición sencilla y bien conseguida. Esta es una constante de todo el libro. Dodd deja el aparato científico para circunscribirse únicamente al objeto de su preocupación. Cierra este estudio un apéndice centrado en la *escatología e historia* donde se hace ver la importancia de estas dos realidades en la problemática cristiana.

J. Oroz

## 2) Teología

Adolf Kolping, *Fundamentaltheologie*, Band II. *Die konkret-geschichtliche Offenbarung Gottes* (Münster, Verlag Regensberg, 1974) XXIV + 783 pp.

Dimos a conocer el primer volumen (1968) de esta obra en *Salmanticensis* (1970) p. 188. Allí se trataba de la «teoría del conocimiento de credibilidad del mensaje revelado eclesial», o teoría de la revelación; ahora se trata de la «concreta e histórica revelación de Dios». El autor presenta la demostración de credibilidad que tiene la revelación divina que culmina en Jesús de Nazaret. Comienza con unas cuestiones sobre el objeto y el método de este tratado segundo dentro de la Teología fundamental, entre las cuales notamos el esfuerzo o intento por presentar el fenómeno religioso de Israel como demostración de su credibilidad. Pertenecen también a los pródomos del libro las notas sobre la revelación en el horizonte de la Cosmogonía, Etnología e Historia de las religiones; y sobre el hombre y la fe dentro de un mundo en evolución. Como primera parte de la obra en que se trata del hecho concreto de la revelación se estudia el acontecer de la revelación y de la fe en Israel; es el momento de estudiar la esperanza mesiánica en el A. T. Por fin llegamos a Jesús de Nazaret, culmen y centro de la revelación divina. Se comienza por los fundamentos históricos de la existencia de Jesús: los testimonios paganos, judíos y todo lo tocante al N.T., estudiado con amplitud de horizonte en los sinópticos, evangelio de Juan, cartas de San Pablo, Actos de los Apóstoles y otras cartas; se resumen los datos históricos de la biografía de Jesús. El capítulo más importante de esta segunda parte estudia la misma revelación hecha por Jesús. Pero quisiéramos demostraciones convincentes en lo que se dice sobre la manera de conocer la *ipsissima vox Iesu*; no parece que algunas cosas se afirman sin suficiente prueba (p. 349); lo mismo que en otras ocasiones (p. 443 sobre la maldición de la higuera). Se recibe la impresión que el autor acepta sin suficiente demostración algunas afirmaciones de la historia redaccional de ciertos críticos. Por esta excesiva concesión a lo que llama «conocimientos exegéticos de hoy», llega a afirmar que un solo milagro de Jn (Lázaro) no demostraría la legación divina de Jesús (p. 466); aunque es verdad que el conjunto de los milagros es lo definitivo, y que la persuasión de los contemporáneos y de la historia acerca del poder taumatúrgico de Jesús es suficiente demostración.

En todo el libro, v. gr., en la exposición del mensaje de Jesús, el autor descubre gran erudición y abundantes puntos de vista, que completan su